

refugia la gitana, pura y afectuosa, después de haber empleado su día en robar, engañar, fomentar y facilitar la licencia. El mundo los desprecia, y

poniéndolos fuera de la ley civil, empeora su condición en lugar de hacer enmendar á tantos hermanos estraviados.

lisman, y lo toman consigo para obtener buen éxito cuando van á robar.

Otros autores, entre los cuales Miklosich de la Universidad de Viena, estudiaron la curiosa lengua de esta gente.

CAPÍTULO IV

FIN DEL IMPERIO DE ORIENTE.—MAHOMET II.

Juan Paleólogo.—Estremecióse de alegría el imperio con estas terribles vicisitudes que retardaban su muerte algunos días. Cuando todo el mundo estaba en movimiento, sólo quedaban estacionarios los sucesores de Constantino, mirando con desden el recambio de ideas y usos que se verificaba entonces. Las cruzadas los forzaron á dirigir su atención á los francos; pero fué con un sentimiento de odio y desprecio, sin aprender nada de ellos, y sin emplear más que la astucia y la traicion. La aproximacion de los otomanos, su comun enemigo, los determinó á recurrir á Occidente y ¡cosa inaudita! Juan Paleólogo acudió á Roma suplicando; pero desnudo de virtud, de dignidad, de valor, ¿cómo podía hacerse el representante de convicciones profundas? Acabamos de ver tambien á Manuel dirigirse hácia Europa á instancias del mariscal de Boucicaut. Llegaba precedido de una fama que le habian merecido, no los innobles manejos de su padre, sino su actividad, penetracion, abnegacion personal y esfuerzos con que reanimó un imperio agonizante.

Habiendo dejado al príncipe de Selimbria, su sobrino, lo que componia su reino, es decir, el recinto de Constantinopla, y para defenderla cien hombres de armas francos, otros tantos escuderos y algunos ballesteros, desembarcó Manuel en Venecia (1400) desde donde ganó á Milan y después á Paris. Recibió una acogida estremadamente honrosa de Carlos VI, que hasta le asignó una pensión. Visitó tambien á Londres, pero no sacó de su viaje el fruto que aguardaba, tanto menos cuanto que en lugar de unirse lealmente á la Iglesia latina, escribió contra ella. Volvió á Constantinopla poco después de la batalla de Ancira (1402); y habiendo destituido á su sobrino á quien no sostenia ya Bayaceto, le desterró á Lemnos. Si hubiese tenido más poder, se hubiera podido aprovechar del

desastre de los otomanos, y de la discordia que se prolongó diez años entre los hijos de Bayaceto. En lugar de esto, tomó sucesivamente partido por estos príncipes, hasta el momento en que la muerte de los otros dejó su poder enteramente en manos de Mahomet (1413).

Es contado entre los mejores soberanos para turco; y fué tan amigo de Manuel, que le confió al morir la tutela de sus hijos. Terminó las mezquitas de Andrinópolis y Brusa, y fundó él mismo otra en esta última ciudad, llamada *Jeschil imaret* (establecimiento verde de beneficencia). Es un monumento muy rico, cuyas paredes están cubiertas esteriormente de mármoles, formando escaques de diferentes colores. Los trabajos de la puerta requirieron tres años y costaron cuarenta mil zequies. El interior es brillante, de porcelana, con versículos del Coran de oro sobre azul. Cerca de la mezquita está el mausoleo de Mahomet, revestido de porcelana por dentro y fuera, con una cocina para los pobres; trabajos que rivalizan con el púlpito de Sinope y la puerta de la academia de Siwas. Este sultan es el primero que envió por la caravana socorros á los pobres de la Meca, y que favoreció las letras.

En su tiempo, concibió la idea Bedreddin de Simau, docto juez del ejército de Mahomet, de hacer una revolucion por medio de una nueva doctrina. En su cosecuencia, eligió por apóstoles al turco Börekluje Mustafa, y Kemali Udbin, judío renegado. Comenzaron á predicar la pobreza, la igualdad, la comunidad de todas las cosas, escepto de las mujeres, diciendo que se debian considerar como adoradores de Dios hasta los cristianos, á quienes querian conciliarse de esta manera, con objeto de separar á los griegos del príncipe otomano. Un ejército formado de sus sectarios derrotó las primeras tropas que les opuso Mahomet;

pero su hijo Armutes II sofocó en sangre este movimiento, haciendo crucificar á Mustafa, la dignidad de Bedreddin y su gran saber no le salvaron tampoco (1421). Fué la única revolucion otomana, que se intentó por una reforma religiosa hasta la de los wahabitas.

Amurates II.—Amurates II, príncipe justo y á veces generoso, quiso ser él mismo el tutor de sus hermanos, en contra de las costumbres de los sultanes fratricidas. Manuel hizo entonces aparecer un pretendido Mustafá, diciéndose hijo de Bayaceto desaparecido en Ancira. Favorecido por las reiteradas deserciones, este competidor hizo temblar por un momento á Amurates; pero, en fin, ayudado por los genoveses de Focea, le venció éste y le hizo ahorcar; después fué, por vengarse, á sitiar á Constantinopla (1422). Acudieron doscientos mil turcos, atraídos á la vez por el deseo de apoderarse de la ciudad de los césares, por sus riquezas, la belleza de las mujeres, y las escitaciones de un derviche, que seguido de quinientos discípulos (1), se mostró montado en un asno, prometiendo la victoria en nombre del Profeta con quien iba á platicar en el cielo. La solidez de las murallas y el valor de los habitantes, escitados por la aparicion de la Virgen Maria, rechazaron á Amurates. Sin embargo conquistó á Tesalónica (1431), que hacia siete años estaba en poder de los venecianos, y la abandonó al pillaje, reduciendo siete mil habitantes á la condicion de esclavos de sus soldados; después por un repentino arrepentimiento los rescató, les devolvió sus casas, y trasformó las iglesias en mezquitas, los monasterios en hospederías de caravanas, medida que conservó los vestigios de la magnificencia romana. Conquistador feliz, consiguió tambien Amurates sofocar las revueltas domésticas; hizo tres veces la guerra á su cuñado, príncipe de Caramania, á quien no obstante perdonó, por amor á su hermana. Invadió después la Hungría y se encontró frente de la cristiandad.

Las instancias de Paleólogo y el peligro que amenazaba á toda la cristiandad, principalmente á la Italia, determinaron al papa Eugenio IV á solicitar una cruzada. «Los turcos, decia, atan con cuerdas hombres y mujeres, que se llevan consigo; cristianos, que condenan á la servidumbre están confundidos con el más vil motin, y vendidos como acémilas, el padre separado del hijo, el hermano de la hermana, el marido de la esposa. Aseñan en los caminos y en medio de la ciudad á aquellos á quienes la enfermedad ó los años impiden andar. Sin piedad siquiera á la infancia, dan muerte á inocentes víctimas que apenas comienzan la vida, y que no conociendo aun el temor, sonrién á los verdugos en el momento de recibir

(1) Cananus (*Historia bizantina*, Bona, 1838) añade que llevaba estos santones *ut prædam rapinam que civitatibus sibi haberent*.

el golpe mortal. Toda familia cristiana es forzada á entregar sus hijos al emperador otomano, como en otro tiempo el pueblo ateniense al mónstruo de Creta. Por todas partes donde han penetrado los turcos, las campiñas han quedado estériles, las ciudades han perdido sus reyes é industria, la religion cristiana no tiene sacerdotes ni altares, y la humanidad asistencia y asilo.»

Conjuraba en consecuencia á los príncipes y pueblos á socorrer el reino de Chipre, la isla de Rodas, y sobre todo Constantinopla, último baluarte de Occidente. Pero el entusiasmo estaba apagado, y los que á millones se habian armado para rescatar el Santo Sepulcro, no sabian ya levantarse á defender su propia pátria. La Francia y la Inglaterra se habian aniquilado en sus mútuas guerras; Federico III carecia en Alemania de fuerza y crédito: sin embargo, el duque de Borgoña se puso á la cabeza de sus súbditos que se habian armado á su costa y por impulso propio. Génova y Venecia se reunieron bajo el estandarte de las santas llaves. La Polonia y la Hungría amenazadas de tan cerca hubieran debido correr las primeras á las armas; pero estaban divididas y sin disciplina. Sin embargo, el cardenal Julian Cesari ni consiguió sacudiesen su inaccion, adquiriendo sobre todo energia, cuando ambas coronas se reunieron en la cabeza de Ladislao (1440), príncipe deseoso de ilustrarse con grandes acciones. Tenia por consejo y sosten al gran Juan Huniade, nacido de un padre valaco y una madre griega, que formado en las guerras de Italia, se habia hecho terrible á los turcos, defendiendo á los húngaros, y llevaba el título de vaivoda de Transilvania. Multitud de aventureros franceses y alemanes se reunieron á este valiente capitán. Se le prometió el levantamiento de los cristianos del otro lado del Danubio; el emperador griego se comprometia á guardar el Bósforo, y á marchar con sus propias tropas, reforzadas con mercenarios. Juan Huniade, consiguió en efecto dos señaladas victorias; pero habiéndole impedido el invierno ganar Adrianópolis ó Constantinopla, se retiró á Buda, donde entró en triunfo, con trece bajás, nueve estandartes y cuatro mil prisioneros.

Envió Amurates á pedir la paz y el rescate de los prisioneros, ofreciendo evacuar la Servia y la frontera húngara; concluyóse una tregua de diez años. Cargado entonces de laureles, y aunque en la flor de la edad, sintiéndose cansado de la vida guerrera, abdicó en favor de su hijo Mahomet, de edad de catorce años. No reservándose más que algunas provincias, se retiró á Magnesia entre algunos ermitaños, para orar con ellos, ayunar y hacer penitencia, á fin de recibir la luz del espíritu (2).

(2) «Voltaire admira al filósofo turco; ¿hubiera hecho el mismo elogio de un príncipe cristiano que se hubiera retirado á un monasterio? Voltaire era á su modo hipócrita é

Batalla de Varna.—Pero el legado Julian Cesarini habia visto con disgusto concluirse la paz. Informado que una hermosa escuadra compuesta de fuerzas combinadas del pontífice, de los venecianos, genoveses y flamencos, amenazaba á los turcos, estrechó á Ladislao á violar el tratado y volver á tomar las armas. Entonces juzgó necesario Amurates volver á empuñar el cetro y la espada. Evitando, á la cabeza de sesenta mil hombres elegidos, las galeras pontificales que le aguardaban en el estrecho de Constantinopla, pagó á los genoveses un ducado por soldado para pasar á Gallípoli; llegado después á Varna, enfrente de los cruzados desunidos y fatigados, empeñó la batalla, haciendo llevar en la punta de una pica el tratado roto, como una apelacion á la justicia del Dios de los cristianos y de los musulmanes. Los cristianos consiguieron al principio ventaja, y desesperando Amurates de vencer tomaba el partido de la fuga, cuando un genizaro cogió la brida á su caballo y le hizo volver. Tornó, pues á la carga, invocando al cielo y al Profeta, al mismo Jesucristo, para ayudarle á vengar la deslealtad y consiguió la victoria (10 Noviembre de 1444). Diez mil cristianos perecieron en esta jornada; la pérdida de los turcos fué aun mayor. Julian, uno de los hombres más sábios de su época, pero cuya prudencia no igualaba el saber, permaneció á pié firme en el campo de batalla cuando los demás se sabian huir y pereció allí. Observando Amurates los que habian sucumbido, exclamó: *¡Esto sí que es singular! todos son jóvenes; no hay ni uno que tenga la barba gris.*—*Si hubiera habido un anciano entre ellos, le respondió el atabek, los hubiera separado de una empresa temeraria.* La cabeza de Ladislao, puesta enfrente del tratado violado, anunció á Brusa la victoria de Amurates y veinticinco coraceros encadenados atestiguaron al soldan de Egipto la fuerza de los vencidos.

En lugar de proseguir sus triunfos, Amurates volvió á su delicioso y devoto retiro de Magnesia, á los jardines de tulipanes; en aquellos mismos lugares en que Temístocles fugitivo habia encontrado un asilo y pan; pero aun fué arrancado de allí por una sublevacion de genizaros que estalló en en Adrianópolis (1448), y que el jóven Mahomet no bastaba á reprimir. Poco después, el grande Huniade, que habia restablecido el orden en Hungría durante la minoría del nuevo rey, sin esparitarse por la derrota de Varna, y en lugar de limitarse á una guerra defensiva, invadió el imperio turco con el más hermoso ejército, y el mejor disciplinado que habia salido de Hungría. Adelantóse Amurates contra él, á la cabeza de cincuenta mil hombres, y le derrotó en los campos de Merles (17 Octubre). Huyendo solo á traves de los bos-

intolerante.—Esta nota no es nuestra, ni de un tiempo en que era moda razonar, sino de un ardiente discípulo de los enciclopedistas, de Gibbon (cap. LXVII).

ques de la Valaquia, Huniade fué detenido por dos ladrones; pero mientras se disputaban el collar colgado de su cuello, les arrebató una espada, dió muerte á uno é hizo huir á otro, y volvió sano y salvo entre los suyos aun á tiempo para defender á Belgrado contra Mahomet II.

Manuel.—El emperador Manuel cuyas grandes cualidades fueron cercenadas por la indolencia, dejó varias obras de teología y moral, donde se encuentra un curioso diálogo entre él y un profesor turco, y buenos preceptos para la educacion de un príncipe. Poco tiempo antes de su muerte, habia abdicado la púrpura en favor de su hijo mayor Juan (1419), y dividido sus pocos Estados entre sus siete hijos. Así fué que á Juan cupo Constantinopla, á Teodoro Lacedemonia, á Andrónico Tesalónica, á Constantino Mesembria y Selimbria en el Ponto Euxino, á Andrés Delminio en Dalmacia, y á Demetrio y Tomás el Peloponeso. A estas posesiones estaba reducido el imperio romano: Negroponto y Candia pertenecian á los venecianos, Chio y Lesbos á los genoveses, la familia Acciajuoli, de Florencia, era propietaria de un Estado que comprendia la Acaya, la Fócide, la Beocia y Atenas; la de Tocco habia formado otro de la Acarnania, de la Etolia y del Epiro meridional; el Norte pertenecia á Jorge Castrioto. Habiendo después cambiado sus Estados Constantino por los de Lacedemonia, se hizo poderoso, y redujo á la condicion de vasallo á Neri Acciajuoli, edificó en el istmo de Corinto el hexamilon, baluarte rodeado de fosos, para separar el Peloponeso de la Helade.

Ocupados estos príncipes en defenderse y aumentar sus dominios, en nada contribuian á dar fuerza y seguridad al imperio. Así fué, que apenas se ciñó Juan III la diadema (1425), cuando compró la paz á Amurates, cediéndole todas las ciudades de la costa, escepto Selimbria y Derkus, sin contar un tributo de 30,000 ducados. Trebisonda que se habia entregado á los venecianos, fué tomada por los turcos (1430).

Scanderbeg.—Aquí se levantó un nuevo enemigo contra el poder otomano. En la época de las primeras expediciones de Amurates II en las orillas del Adriático, Juan Castrioto, señor de una parte de la Albania, situada entre las montañas y el mar, se habia sometido el sultan turco. Sus cuatro hijos que él le habia dado en rehenes, fueron circuncidados y educados en el islamismo. Tres perecieron por el veneno ó en el olvido. La notable belleza y el talento de Jorge le atrajeron la benevolencia de Amurates, que tomó él mismo cuidado de su educacion, y le dió el título de Scanderbeg, es decir, príncipe Alejandro.

Creció en la muella y enervante corrupcion del serrallo, ministro ó instrumento de los deleites del señor, sin olvidar sin embargo lo que era. Después, cuando murió su padre, sospechando en Amurates la intencion de arrebatarle su herencia, arranca el secretario del sultan una orden para

que se le consignase Croya, capital del principado de sus abuelos, da muerte al engañado secretario y huye. Una vez en posesión de la fortaleza, que se hace entregar, degüella la guarnición turca, y da el grito de libertad (1443). Respóndele por todas partes el patriotismo y la religión en la marcial Albania. Pronto (1444) se encuentra al frente de doce mil guerreros y dueño de todas las plazas (3). Cuando recobró sus dominios, las contribuciones del Epiro y las ricas salinas del país, le daban una renta líquida de 200,000 ducados, que emplea toda en interés público. Equipa un ejército permanente de ocho mil caballos y siete mil infantes, sin contar los aventureros franceses y alemanes; y dotado de gran habilidad en la guerra de escaramuzas que particularmente conviene á los insurrectos, sabe tener en jaque á fuerzas superiores (4).

Enviado contra él Ali-bajá, á la cabeza de cuarenta mil hombres fué derrotado; otro general perdió diez mil turcos, y las invasiones de Huniade dieron al héroe el tiempo de asegurarse. El mismo Amurates llegó á Albania con seis mil caballos y cuarenta mil genizaros, pero sin más resultado que la toma de algunos fuertes (1450). Habiendo sitiado á Croya, fué hostigado de continuo por las partidas de Scanderbeg, que rechazaba toda proposición de paz; engañado y lleno de ira se retiró á Adrianópolis, donde murió (1451). Mereció este príncipe ser alabado por la clemencia que mostró cuando era inútil la crueldad, y por su piedad que le hizo propagar su religión con el acero. Amigo del soldado, á quien sabía dar la victoria, aseguraba la tranquilidad de los ciudadanos, y edificaba por todas partes mezquitas y hospederías de caravanas. Las personas piadosas de la Meca, de Medina y de Jerusalem, recibían de él cada año una gratificación de 2,500 monedas de oro, y los descendientes del Profeta una de 1,000. Aun cuando estaba en el vigor de la edad, rara

(3) Sir William Temple, en el *Ensayo sobre las virtudes heroicas*, enumera siete héroes que merecieron la corona sin llevarla: Belisario, Narsés, Gonzalo de Córdoba, Guillermo de Orange, Alejandro, duque de Parma, Juan Huniade y Scanderbeg. Esta lista podría aumentarse en la historia moderna, principalmente en la de América; también se podía poner á la vista la lista de los héroes indignos de la corona. Para Gibbon, Scanderbeg es un traidor despreciable.

(4) La biblioteca del gran ducado de Weimar conserva, bajo el título de *Libro de Scanderbeg*, un manuscrito muy curioso en pergamino, de trescientas veinte y cinco hojas, adornado por ambas partes de figuras con tinta de China. La primera parte representa máquinas é invenciones de guerra, puentes, molinos, marchas, peleas del siglo XV; la segunda, ciertamente posterior, ofrece escenas de la vida privada y pública, oficios, juegos, enfermedades y fiestas. Este manuscrito pasa por haber sido dado á Juan Castrioto por Fernando de Aragón. Sea lo que quiera, es importante para el conocimiento de las costumbres.

vez declaró la guerra sin ser provocado á ella. Pensó seriamente en dejar el poder; y cuando Manuel Paleólogo fué á Roma para reconciliar las dos iglesias, prometió no inquietar su reino y cumplió su palabra.

Mahomet II.—Tuvo por sucesor Amurates á su hijo Mahomet II, de edad de veinte y un años, el más insigne príncipe de los otomanos. Lejos de ser benévolo como su padre, su primer acto fué hacer ahogar á su hermano Amed. Musulman tan celoso como ambicioso, versado en las lenguas griega, latina, caldea, persa, árabe, además de la suya; instruido en historia, geografía, astrología, amaba las artes, á pesar de la prohibición religiosa. Fundó escuelas, escribió él mismo libros, y concedió al pintor veneciano Gentile Bellini, honores y recompensas. Refiérese que habiendo pintado este artista una degollación de san Juan Bautista, para demostrarle el sultán que se había separado de la verdad, cortó delante de él la cabeza de un esclavo. Añádese que hizo abrir un día el vientre á catorce pages, para asegurarse cuál había comido un melon, y que haciéndole cargo un genizaro por su predilección á una esclava, hizo cortar inmediatamente la cabeza á este objeto de su amor, para probar que nunca se dejaría dominar por las mujeres. Si estos hechos no están bastante probados, hacen al menos fe para la opinión que se había concebido de su carácter feroz é indomable. Es cierto que no le costaba nada derramar la sangre. Sin piedad en los asuntos de Estado, todo el que se hacia culpable de rebelión debía morir, y con la muerte más atroz, es decir, aserrado en dos partes. La superioridad de sus fuerzas le hizo victorioso más que su habilidad guerrera. Entregándose con pasión á los deleites contra naturaleza, corrompía á los jóvenes de familias nobles antes de elevarlos á los empleos, degollando á los que se le resistían. Tal era el que debía destruir el imperio de Constantino.

Los príncipes otomanos estaban además educados desde la infancia para la guerra y la administración, y una feliz casualidad hacia que fuesen dignos de reinar en una nación belicosa. Un príncipe arraigado en esta nación, quiere que el déspota más odioso sea reemplazado por su hijo, procedimiento sencillo que impide muchas revoluciones. Además, con el objeto de que los hermanos no sean competidores muy peligrosos, el mismo padre ó su hijo mayor hace perecer á los demás, costumbre inhumana más bien que impia; porque la santidad de la familia tal como existe entre nosotros, no puede hallarse en un serrallo de mujeres celosas y de hijos rivales.

El fundamento de la fuerza de los otomanos existía en los guerreros reclutados entre los manebos más robustos de Europa, tracios, macedonios, albaneses, búrgaros, servios; acostumbrados desde la edad de doce á catorce años al oficio de las armas, estaban aislados de los cristianos, y unidos entre sí por una especie de fraternidad militar

estraña á los lazos de familia. Los que se distinguían por el nacimiento ó el mérito se hacían *ad-gamoglanos* ó *ichoglanos*; los primeros destinados al palacio, los demás á la persona del príncipe. Aprendían bajo la dirección de eunucos blancos á montar á caballo y disparar el dardo. Los que manifestaban gusto al estudio, se aplicaban á la lectura del Corán, á las lenguas árabe y persa, con objeto de llegar á ocupar los empleos civiles, militares y eclesiásticos; después cuando eran viejos, entraban en los cuarenta agáes que acompañaban al emperador, con la perspectiva de ser investidos por él con un gobierno y las más elevadas dignidades (5). No era, pues, la nación conquistadora la que dominaba, sino las hechuras del déspota, esclavos de su mayor parte, sin lazos de familia, amistad, ni patria, dedicados únicamente al señor, á quien todo se lo debían, acostumbrados á la obediencia absoluta, y sin más apoyo que su mérito personal (6).

(5) MARSIGLI, — *Estado militar del imperio otomano* La Haya, 1732.

(6) Calcondilas, griego contemporáneo (lib. V y VII), da también detalles de las fuerzas de Amurates: «La Puerta del sultán se compone de seis á diez mil infantes. Los niños robados se mandan á Asia dos ó tres años, para aprender el turco; además se envían dos ó tres mil á la escuadra de Galípoli, para ejercitarse en el servicio de mar, dándoles anualmente la espada y el traje; después son llamados á la Puerta con un sueldo suficiente para su sostenimiento, y algunos con una asignación de importancia. Distribuidos por docenas y cincuentenas á las órdenes de oficiales, sirven dos meses en las tiendas de éstos. Forman en rededor del sultán el estrecho recinto, en el cual no pueden plantarse otras tiendas que las de los príncipes, la del tesoro y la de la cámara. El sultán tiene una ó dos tiendas rojas, cubiertas de fieltro rojo ó dorado. En el círculo de los genizaros se encuentran quince tiendas, y fuera los demás hombres de la Puerta, caballerizos, coperos, alféreces, visires, mensajeros. Llevando cada uno en su comitiva muchos servidores, el ejército es muy numeroso. Además de los genizaros, tiene la Puerta trescientos ginetes elegidos en sus filas, los *siltidarios* y los *gharibo*, extranjeros venidos de Asia, Egipto y Africa, con un sueldo más ó menos grande. Tiene además ochocientos mercenarios ó *ulufegos*, y doscientos *cipayos* hijos de nobles. Véase el orden de la Puerta. El mando supremo pertenece á los bajás de Rumelia y Natolia, que el ejército sigue por todas partes donde quiere el sultán; con ellos están los *sanjacos* que obtienen del sultán estandartes y el gobierno de varias ciudades, cuyos guerreros y magistrados los acompañan al campo. Ahora bien, véase el orden en el campo: Los caballeros están divididos en escuadrones; los *azabos* pelean á las órdenes de un solo capitán... Hay en el campo, además de los *silaks-cos* ó sirvientes de armas, muchos *azabos* que se llaman *ak-klam*, gentes de á pié destinadas á allanar los caminos y hacer otros servicios. El campo está perfectamente dispuesto, tanto en el orden de las tiendas, cuanto en la abundancia de los víveres, porque cada uno de los grandes que acompañan al sultán lleva consigo muchas acémilas; algunos tienen camellos que llevan armas y trigo para los soldados, y cebada para las acémilas; otros llevan en su comitiva caballos y mulas, de lo que resulta que hay doble

¿Qué podían oponer los bizantinos á semejante disciplina? El fuego griego era un misterio para los que le habían dado su nombre. La pólvora había pasado pronto á los turcos. Se acusa á los genoveses de haber fundido las piezas de artillería de Amurates, y haberle enseñado el uso de ellas contra murallas destinadas solamente á resistir el choque de las catapultas; así como los venecianos llevaron cañones á los soldanes de Egipto y de Persia, sus aliados contra los otomanos. No quedaba, pues, más esperanza á los griegos que el apoyo de los latinos, y no cesaban de reclamar su socorro, proponiendo un concilio y la reunión de las iglesias. Pero los latinos creían superfluo el concilio sobre materias ya definidas, y querían que el socorro fuese la espontánea recompensa de una unión que prometida veinte veces cuando el peligro era inminente, había sido siempre eludida por la astucia y la mala fe.

También Juan III, Paleólogo, volvió los ojos á los latinos; y navios pontificios le trasladaron con el patriarca José á Italia, donde fué acogido y servido espléndidamente, como para tributar los últimos honores al representante moribundo de la antigua majestad de los césares. Llevó consigo prelados, cantores, frailes, filósofos, y los patriarcas ó sus delegados, con un aparato de lujo que contrastaba con su miseria, porque el papa había tenido que adelantarle con que hacer aquellos gastos. Se le rindieron en Venecia todos los honores posibles, no mostrándose recelosa de ellos la libertad republicana, atendido que no significaban un homenaje, y que los despojos de Constantinopla que se ostentaban á la vista, decían harto bien quién era más poderoso, si el monarca sentado en la popa de la galera capitana, ó el dux y los senadores que le besaban los pies. En Ferrara fué recibido con las ceremonias usadas para los antiguos emperadores, y obtuvo todas las concesiones de grado y de puesto; pero las diferencias sobrevenidas entre el concilio de Basilea y el papa Eugenio IV, impidieron que se llevara á cabo nada. Entre tanto Juan Paleólogo se divertía en la caza, manteniéndose en unión de los suyos con el dinero de Roma. Por último, se convocó un concilio en Florencia (enero de 1439), donde se discutió sobre los cuatro puntos del cisma, á saber: la procesion del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, el uso del pan ácimo en la comunión, la naturaleza del purgatorio y la supremacía del papa. Cuando se pusieron de acuerdo sobre las cuestiones ininteligibles y sobre las cuestiones prácticas, Eugenio se obligó á pagar á los griegos su retorno, á mantener dos galeras y trescientos soldados para

número de animales que de soldados. El sultán es seguido además de una turba de gentes destinada á proporcionar víveres al ejército. Si hay penuria, los víveres se dividen entre los mejores soldados. Hay diez mil tiendas en el campo, pero más ó menos según lo exija la expedición.»